

Jaime Cama Villafranca\*\*

## Reflexiones acerca de la conservación del patrimonio cultural \*

Tengo la sensación de asistir al nacimiento de una nueva secta, la de los conservadores del patrimonio cultural; se redescubren las palabras, cada una adquiere un nuevo significado, su repetición llena de éxtasis: *tangible, intangible, comunidad, sociedad, cultura, conservación*, se pronuncian con un nuevo énfasis, les hemos quitado la herumbre y hoy brillan con una luz nueva.

Como en toda nueva secta, hay sacerdotes y conversos.

Como en toda nueva secta, el rumbo no está totalmente definido y esta indefinición propicia la llegada de los fariseos.

Cuidado con ellos; usan el mismo lenguaje, visten las mismas túnicas y están prontos a la penitencia con tal de

\* Ponencia presentada en el Simposio sobre Patrimonio y Política Cultural para el siglo XXI. Octubre, 1987.

\*\* Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía "Manuel del Castillo Negrete".



situarse entre los sacerdotes, para convertir en mercados los templos nuevos.

Desde hace tiempo, la conservación del patrimonio cultural es negocio para algunos; éstos, escuchándose en todas las normatividades habidas y por haber, en todas las cartas, convenios y convenciones, justifican sus acciones detrás de conceptos tan abstractos como progreso, modernidad, interés público o cambio social.

Ahora les estamos proveyendo de un nuevo vocabulario, de nuevos conceptos; de un campo mucho más rico de especulación.

Cuidado con ellos; el cazador se oculta en la maleza y activa un silbato que estimula el graznido de un pato, aprendamos a distinguir entre los patos *patos* y los patos falsos. No todos los que hablamos de patrimonio cultural somos patos *patos*. Algunos son patos falsos; por lo tanto, si queremos crear patos *patos*, deberemos tener buenos patos *patos*.

Esto mismo deberá aplicarse a la formación de especialistas en conservación de bienes culturales para el siglo XXI.

Por consenso, aceptamos que el patrimonio cultural está conformado por todos los productos de la actividad humana; desde hace relativamente poco, al acervo de lo tangible se ha agregado el de lo intangible.

Dicho lo anterior, nadie parece mayormente angustiado, lo decimos con una naturalidad que a mí, en lo personal, me llena de pasmo.

¿Estamos realmente conscientes de lo que estamos diciendo? ¿hemos medido los riesgos que ello entraña? Creo que no.

Bonfil decía en días pasados que la cultura es algo que se está haciendo todos los días, es algo dinámico. Esto quiere decir que todos y cada uno de nosotros estamos produciendo bienes culturales todos los días de nuestras vidas.

Me pregunto, ¿es esto cierto? ¿hago cultura todos los días? Evidentemente no; no me considero un productor co-



tidiano de productos u objetos culturales.

Entonces, ¿cuáles son esos bienes culturales? ¿A que le llamamos patrimonio cultural? Es necesario delimitar ese ámbito, reducir a límites manejables esa posibilidad, o de lo contrario estaremos abriendo la puerta a que ante la ambigüedad de la definición, los verdaderos bienes culturales nos sean escamoteados por los cazadores de patos.

¿Y si readaptamos una añeja definición que considera necesario obtener el reconocimiento en la conciencia para reducir ese universo?

Aún así la tarea se antoja similar a la de pagar la deuda externa de Latinoamérica. ¿Qué hacer? Alguien sugeriría democratizar la vida, ¡cuidado! ¿Lograremos en 15 años, lo que no se ha logrado en toda la historia? Y mientras llega la democratización de la sociedad ¿qué pasará con el patrimonio cultural?

Bonfil sugeriría que cada comunidad decida cuál es su patrimonio, ¡cuidado! Las comunidades necesitan generalmente la opinión ajena para reconocer formas patrimoniales que, aunque generadas por ellas, no son siempre reconocidas como tales; además, el concepto de propiedad ya no puede ser privativo de minorías. Se ha introducido el concepto de patrimonio de la humanidad, que amplía sustancialmente el número de poseedores de ciertos patrimonios.

Otra alternativa es la de ampliar el número de custodios, propiciar que sean los propios generadores y usuarios del patrimonio cultural los que tengamos

la responsabilidad de conservarlo. Otra vez, ¡cuidado! Esto que se antoja como la adquisición de un derecho, se convierte inmediatamente en una obligación y bien sabemos, porque lo hemos experimentado en carne propia, que las actuales generaciones no son afectas a adquirir obligaciones.

Vivimos cotidianamente las consecuencias del olvido de obligaciones que hace poco se consideraban ineludibles.

Hay quien cree que sólo en manos de los especialistas está garantizada la conservación de ese patrimonio cultural. Nuevamente, ¡cuidado! Los especialistas son proclives a negar a otros la ingerencia en esos menesteres, pues sólo ellos creen poseer la verdad.

Cierto es que algunos están dispuestos al diálogo interdisciplinario y a la pluralidad de criterios, pero esto no impide que esgriman posiciones intransigentes, y que aleguen aceptar "la responsabilidad histórica de sus actos", destruyendo y falsificando los bienes culturales bajo su custodia.

Ante todo ello, ¡cuidado! Podría pensarse que no hay alternativa que satisfaga la cabal conservación del patrimonio cultural.

Creo que no se trata de encontrar una alternativa sino de establecer una política de conservación actual, que comprenda todas las alternativas posibles, adecuándolas a cada particularidad y necesidad de ese patrimonio.

Si cada una de las alternativas se adecúa y se consideran las limitaciones y alcances de los responsables de su instrumentación, señalando los riesgos y las ventajas de cada acción por ejercer, dicha política podría ser un instrumento eficaz que englobe tanto la democratización del patrimonio como la responsabilidad ciudadana para su protección, la delimitación de ese uni-



verso patrimonial, y la participación de los especialistas.

La correcta aplicación de una política actual de conservación del patrimonio cultural no puede ser concebida si no hay un verdadero proceso de educación de las instancias involucradas, que preceda y acompañe su instrumentación.

Para ello, deberá diseñarse la estrategia que permita alcanzar resultados óptimos en plazos cortos y reafirmar las acciones en el mediano y largo plazos, asentando como prioridad fundamental el hecho de que el uso y el disfrute del patrimonio cultural, su conocimiento, conservación y difusión son los elementos más activos en el desarrollo de las sociedades que lo detentan.

Una vez entendido el papel que tiene la cultura en el desarrollo de la sociedad, la conservación de la misma debe convertirse en un acto cotidiano de los individuos que la conforman.

La tarea no es fácil; los enemigos son muchos y poderosos. Nos enfrentamos a un proceso de cambio sin precedente: la mayoría de los productos culturales que poseemos fueron creados para ser utilizados en forma comunitaria en celebraciones, ritos y espectáculos, que dieron como resultado danzas, cantos y expresiones grupales en general. Hoy, ante los avances de la tecnología, los grupos dominantes establecen y ponen de moda formas selectivas de reunión y, cada vez más, el individuo se aísla en un universo privado que no necesita del concurso de la comunidad; así vemos cómo en los Estados Unidos de Norteamérica surgen las ciudades privadas, donde se limita no sólo el nivel económico de sus habitantes, sino también la edad y el número de los mismos. Sólo se aceptan individuos de más de 50 años, que pretenden aislarse del resto de la sociedad, porque ya no la necesitan para convivir con ella. Los adelantos modernos les permiten aislarse creando unidades medievales con servicios mecanizados, computarizados, y algunos robotizados.

Vemos también que lo que hace 10 años era un acto social prioritario, como asistir a conciertos, teatros, salas cinematográficas o salones de baile, gracias a la industrialización de ciertos productos culturales se ha convertido en una actividad familiar o privada que se realiza en el seno del hogar, sin exponerse a los riesgos que hoy implica asistir a lugares públicos.

Hay quien prevé para el futuro que, gracias a las computadoras, muchos individuos podrán realizar sus compromisos laborales frente a una terminal de video que les evitará desplazarse a un centro de trabajo.

Cada vez más, las urbes se ven de-



siertas a partir de ciertas horas de la noche; nos viene a la memoria un cuento de Ray Bradbury, "El Peatón", o bien del mismo autor *Fahrenheit 451*, que hace sólo 10 años leíamos como novelas de ciencia ficción, y que hoy podrían ser aterradores relatos de actualidad.

¿Cómo satisfacer la necesidad de especialistas en la conservación del patrimonio cultural? ¿Cuál será ese patrimonio? ¿Cuánto o qué vasto patrimonio habrá de conservar? ¿Para quién lo vamos a conservar?

Son preguntas que no tienen respuesta precisa, y que quizá sea preferible no contestar.

Los centros de formación deben rechazar los planteamientos catastróficos y generar su mejor esfuerzo, esperando que las sociedades sean capaces de encontrar otras formas de hacer cultura, donde el patrimonio cultural siga siendo requerido como una necesidad cotidiana.

Una esperanza surge con los grupos ecologistas: si bien la directriz está orientada hacia la conservación de la vida vegetal y animal, los principios son aplicables a todo el proceso educativo de la sociedad.

Si todos los ciudadanos entienden y respetan el derecho de su vecino a la vida, y son conscientes de que cada ser vivo cumple una función vital en su desarrollo, no es difícil suponer que, si lo anterior es parte de su quehacer cultural, también comprenda que los productos culturales de sus semejantes ameritan su conservación y disfrute.

Cuando los individuos entendamos claramente, sin falsedades, que nuestros derechos terminan donde empiezan los de los demás, entenderemos también que nuestras obligaciones son parte integrante de los derechos de nuestros conciudadanos. Parecería utópico pensar en una sociedad de mutuo respeto y coexistencia cordial, si no fuera por que los problemas de contaminación y escasez de recursos naturales empiezan a presentarse como condicionantes para la supervivencia de la especie humana. Ante esta amenaza que se cierne en el corto plazo, muchos ciudadanos han adoptado nuevas formas de agrupación y discusión de los problemas comunes, formas que les permiten enrentarse de manera diferente a los centros de poder, para cambiar decisiones y políticas de utilización de los recursos naturales.

Estas nuevas actitudes pueden generar formas distintas de gobierno, que



propicien decisiones más democráticas y consensadas por la comunidad.

Si los ciudadanos se convierten en usuarios de la nueva tecnología y no en servidores, los recursos culturales serán disfrutados como algo natural y normal, porque la vida comunal volverá a tener sentido, ya que las decisiones se tomarán en forma más horizontal que vertical.

De esta manera podemos prever que la educación será algo más que un trámite burocrático para alcanzar niveles superiores de estatus social. Para Freud

el ser humano es frecuentemente un producto terminado al llegar a su cuarto o quinto año de edad y va revelando en años posteriores lo que guarda escondido en su interior.

Lo anterior se publicó en 1972 y aunque en lo personal considero delicado condicionar conductas a tan temprana edad, es claro que la educación hacia una nueva forma ciudadana debe iniciarse gradualmente en la niñez.

Esto ha sido comprendido por los sistemas totalitarios, quienes controlan la educación desde la más tierna infancia.

Por lo tanto, si queremos cambiar el

comportamiento de la sociedad frente al fenómeno cultural deberemos acentuar, en las etapas primarias, los niveles de información a la niñez sobre este tema.

No será conveniente producir un adoctrinamiento, ya que conllevaría un acondicionamiento de la capacidad creativa.

Cierto es que los resultados serán apreciables en el largo plazo, pero también es cierto que se ha solicitado anteriormente la definición de una política específica. En el corto plazo necesitamos motivar y convencer a los adolescentes y a los adultos de la necesidad del cambio.

Podría argumentarse que hemos realizado, hasta el cansancio, campañas de difusión; cierto, pero mientras nos devanamos los sesos para encontrar opciones que atraigan a la comunidad a nuestros eventos, las industrias culturales han desarrollado sistemas y presentaciones que permiten, a bajo precio, poner a la disposición del público productos de una calidad que consumiría el presupuesto de varias generaciones de instituciones.

Hoy podemos alquilar o comprar la ópera de nuestra preferencia, interpre-

tada por el elenco más renombrado del mundo, sin que esto signifique una quiebra presupuestal, y a veces a un precio menor de lo que nos costaría el boleto de acceso a una función con un elenco mediocre.

Desde hace tiempo podemos escuchar las mejores orquestas en la comodidad de nuestro sillón preferido, sin hacer colas, y repitiendo los pasajes que son más de nuestro agrado; al aparecer el disco activado por rayo *laser*, la grabación, además de ser de una fidelidad extraordinaria, tiene prácticamente una duración ilimitada con la misma calidad de reproducción.

Hay, pues, un mercado al cual no sabemos o no queremos llegar, alegando comercialización indeseable, o mercantilismo poco digno de nuestra categoría profesional.

En resumen, mientras el mundo explora el espacio exterior, nosotros llevamos la cuenta con los dedos.

Esta es una situación que hay que modificar; nuestras economías no pueden seguir permitiendo que los escasos recursos con que contamos, se utilicen sin responsabilidad en proyectos intrascendentes, mediocres o inconclusos.

Un ejemplo notable de lo que un individuo con inventiva y responsabilidad puede llevar a cabo, lo tenemos en algunas coediciones que el INAH ha logrado realizar con representantes de esas odiadas industrias culturales.

Tenemos la información primaria y no la sabemos aprovechar. Por lo tanto, la difusión debe ser realizada con otros criterios y diferentes objetivos. Debemos propiciar una información amena, bien presentada y difundida por un sistema que garantice su recepción.

Debemos también jerarquizar las prioridades, en cuanto al público que va a recibir la información, en razón directa a la cercanía de éste respecto al bien cultural que queremos proteger y, por tanto, dosificar la información de acuerdo con el uso que ese público le da a dicho patrimonio.

La difusión no garantiza que los núcleos con poder de decisión se sensibilicen; sin embargo, si nos preocupamos por aprender el lenguaje propio de los administradores y los políticos, nuestro diálogo con ellos se producirá con mayor fluidez.

Los profesionales de la conservación somos actualmente los responsables de ese proceso, y debemos ser celosos guardianes de esa obligación mientras no existan instancias que puedan ser de-

positarias de esa responsabilidad. No debe ser, como algunos piensan, un secreto gremial, sino un compromiso con nuestra sociedad para garantizar la conservación y la permanencia de ese patrimonio cultural.

Por tanto, es responsabilidad de los centros de formación adecuar sus programas a la realidad cambiante, y preparar a los egresados de forma que puedan entender y convivir con esta comunidad en continuo proceso de transformación; si sabemos programar las diferentes fases del proceso, se deberá en buena parte a nuestra interacción congruente con el binomio sociedad-patrimonio cultural.

Para los profesionales, la diversidad de productos culturales debe ser sólo un reto formal y no conceptual. Debemos tener bien claro qué es patrimonio cultural, como concepto globalizador de la producción de grupos socialmente diferenciados, que llega a nuestro universo metodológico para ser conservado, con el más alto grado de integridad del mensaje que cada uno de los creadores transmite, utilizando ese bien cultural como emisor.

Para nosotros, la diferencia entre lo tangible e intangible debe ser motivo de mayor reflexión, ya que lo uno sin lo otro, implícito en el producto cultural, es inexistente.

La labor de conservar el patrimonio cultural es precisamente la conservación de lo intangible que originó el bien en sí. Por ello, debemos apartarnos de las recetas de formulario alquimista, para afrontar el reto de considerar cada uno de los bienes tangibles a nuestro cuidado, como transmisor de lo intangible de un momento histórico determinado.

México, D.F., 7 de octubre de 1987



## HISTORIAS 16

Michel de Certeau **La historia, ciencia y ficción** □ Fernanda Núñez **¿Es posible hacer una historia de las mujeres?** □ Marcela Dávalos **La belleza femenina en la literatura mexicana del siglo XIX** □ Rosa María Meyer **Los ingleses en México (1824-1852)** □ Jan de Vos **La contienda por la selva Lacandona, 1859-1895** □ Mario Ramírez Rancano **Un gobernador porfirista en Tlaxcala** □ Alberto J. Olivera **La nacionalización del petróleo en Poza Rica** □